

—Aquí traigo a usted, no el billete del palacio real, sino tres billetes de mil pesetas...

Doña Antonia accedió a lo propuesto por el aventurero.

En un hotelito muy lindo, propiedad de la Chelito, se encontraron aquella noche la artista y el bandolero.

Pero Consuelo se había enamorado ya de Pedro Moro. Le había seducido la audacia con que disputó su amor a un general valiente y con fama de invencible pendenciero, y desde aquel día la Chelito soñó con el amor del aventurero.

Cuando se encontró en su hotelito con que la cita que su madre la había proporcionado era con el hombre a quien amaba ya, hizo que le devolviera los billetes.

—¿Es que soy tan feo?—preguntaba Pedro Moro, extrañado, al ver que le devolvían el dinero que pagará anticipadamente.

La Chelito le hizo a viva fuerza tomarle, y cuando Pedro Moro quiso indagar la causa, fué ella la que se le echó a los brazos diciéndole:

—Gitano mío, negro de mis ansias... ¡Si es que te quiero a tí! ¿Sabes?...

Y Consuelo la Chelito, que ha blasonado y que aún falsamente blasona de lo haber querido de corazón a un solo hombre, se arrojó en los brazos de Pedro Moro, rendida de amor y de admiración.

Pedro Moro tuvo que salir de Madrid precipitadamente porque tenía que ir a reparar unos tapices flamencos que se conservaban en la catedral de Burgos. Consuelo, por no dejar desatendido

el teatro, no pudo acompañarle, aunque ella, es verdad, no sabía el objeto del viaje.

Para retenerlo, quiso excitar los celos del Aventurero.

—En cuanto te vayas—le dijo—vendrá el general.

—Está bien—la contestó Pedro Moro—. Acuéstate con él. Si no me quieres me importa poco.

—¿Cómo quieres que te demuestre mi cariño?

—No tengo interés. Pero si lo deseas, tu verás el medio.

Consuelo lo pensó mucho tiempo. Al fin discurrió que lo mejor era gravar en su cuerpo el nombre adorado de Pedro Moro. Iría siempre en ella. No había de desaparecer ni cuando el tiempo pasara, dejando sus besos agotantes en las carnes que un día fueron mórbidas y duras.

Y eligió las piernas para tatuar en ellas el nombre del aventurero.

Son unas letras grandes y exóticas rameadas con unas flores de lujuria.

Cuando se las mostró al aventurero le dijo:

—Hubiera querido ofrendarte esta prueba de amor en mis pechos; pero mis pechos tengo que mostrarlos a diario, y no quiero que tú, mi dios, saigas a la luz de los ojos del público, porque eres para mí sola...

Y así, por tener como tiene Consuelo Portela tatuadas con el nombre de Pedro Moro sus piernas admirables, no quiso desnudarlas como exigía el vodevil afrodisíaco del ex ministro conservador don Manuel de Burgos Mazo.

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD.

nes de Diputados, vamos a hablar hoy de las de Senadores, bajo el prisma de una independencia que no está mediatizada por oficiosidades de ninguna especie.

Ya sabemos que este camino es difícil, porque en política nadie dice la verdad mas que cuando le conviene, y a veces la verdad que está reflejada en los hechos consumados conviene desvirtuarla, atribuyendo a los efectos otras causas y a los actos otros propósitos.

Vengan, pues, rectificaciones si alguno las considera necesarias, que despues de lo que vamos a decir ahora, sabrá el público a que atenerse y les concederá el valor que merezcan.

Sabido es que ha triunfado la candidatura oficial. ¿Pero esta candidatura representaba la voluntad del Gobierno, o la del cuerpo electoral, o la de algún cacique provincial, o una transigencia entre las tres partes? Ninguna cosa de estas significa.

El Gobierno tenía decidido interés en que fuera elegido senador el teniente general don Pío Suárez Inclán, hermano del Diputado a Cortes por este distrito; pero hacía hincapie en reservarse los tres puestos, y cínicamente accedió a que figurara un candidato conservador ante el peligro de que, unidos conservadores y ciervistas con algún elemento afín al Gobierno, pero no muy seguro, triunfaran un conservador, un ciervista y un romanonista. Este último también pudo ser, y estuvo en terna, un amigo de Gasset. Luego el Gobierno no ha quedado satisfecho.

Tampoco ha servido de satisfacción lo ocurrido al general Ochando, porque él aspiraba a que un puesto se adjudicara a su familia, pero tenía preferencia por Mochales o Vazquez Armero, hijos políticos suyos y de abuelo romanonista y ha tenido que delegar en un sobrino político, de significación albista.

¿Y los conservadores? Los conservadores, aunque ellos no lo digan, están decepcionados, porque aspiraban por las buenas a un senador hijo de la provincia y a que otro de los elegidos fuera el romanonista D. Justo Arcos y por las malas a los tres puestos, y se han quedado con el marqués de Grijalba, como quien dice solos.

¿Pues, y el directorio democrático?

ZARABANDA POLÍTICA

DE QUIEN HA SIDO EL TRIUNFO

Ya han pasado las elecciones de Diputados y Senadores; volvió la calma a los hogares y a algunos les llevó incluso la felicidad.

Ha sido una lucha en la que no ha habido vencidos, pero conviene un ligero comentario respecto a los vencedores.

Así como el hombre educado y prudente pasa a veces por cobarde, en

política, la transigencia simula una falta de fuerzas, que a veces aprovechan los osados para menoscabar y poner en entredicho a los que prefirieron el retraimiento,—que solo podía mortificar a ellos mismos.—a un éxito personal, que pudiera haber creado dificultades para la buena marcha de la política provincial.

Comentadas en su día las eleccio-